

como hemos tenido que consagrar en el helenismo un culto á Grecia, y en el catolicismo un culto á Roma nosotros, fundados en que hicieron por todos los hombres cultos en el Viejo Mundo y en la antigua historia, lo mismo que los españoles hemos hecho, lo mismo, en la historia moderna por el Nuevo Mundo.



CAPÍTULO PRIMERO

EXCEPCIONAL IMPORTANCIA DE COLÓN

EVOCAMOS aquí ahora un hombre por todo extremo extraordinario, á quien pudiéramos denominar, en las riquezas adjetivas de nuestra lengua, hombre singularísimo; evocamos á Cristóbal Colón, quien aparece hoy á nuestros ojos en lo alto de la tierra por él invenida, cual en los cuadros litúrgicos el Eterno sobre toda su Creación. Cierto; habiendo encontrado y descubierto América, ni supo la importancia y extensión del hallazgo; ni quiso el hado ciego que le pudiera dar su nombre inmortal, prestado á la joven tierra por un dependiente suyo, por un piloto de orden secundario. Pero, en desquite de esto, deja entre sombras, por los segundos términos de la fama, fuera del altar suyo único, lejos de su gloria universal, á los demás descubridores y nautas, cuyos nombres las crónicas de los descubrimientos guardan en sus preciosos anales. El primer nómada que se apartó de los ríos y se internó en las arenas del desierto; la primera navecilla confiada por el atrevimiento

humano á las ondas hirvientes; el explorador fenicio que recalara en Cartago; el taimado heleno, constreñido á huir de los escollos, contra cuyas estrías los esquifes se rompen, y á taparse ojos y oídos para volver á la patria y no quedarse adscrito á los seguros puertos y á las rientes costas; el perseguido rebuscador del áureo vellón; todos cuantos, por medio de arriesgadas expediciones, han descubierto ignotos territorios ó comunicado entre sí apartadas gentes, permanecen allá en las penumbras del crepúsculo matutino, muy natural á los comienzos de las edades históricas; imaginarios y fabulosos seres, cual esos quiméricos evocados en los monumentos hidráulicos á la continua, cuyos humanos cuerpos terminan en colas de delfines y pasan por seres naturales ó verdaderos en la credulidad fácil de los pueblos prehistóricos. ¡Cuánta vaguedad en figuras, como las de Ulyses, Jasón, Dido y cien otras, que representan en los infinitos horizontes del tiempo los primeros descubridores y los primeros descubrimientos, con la indecisión propia de unas edades, en cuyos senos concluyen por confundirse la poesía y la historia! Venido el descubridor por excelencia en tiempos de madurez para la razón humana y de reconciliaciones entre la naturaleza y el espíritu, en tiempos de renovación religiosa y científica, su persona se dibuja con delineamientos, por tal modo matemáticos, y se tiñe de color tan claro, que no se confundirá con otra ninguna y no podrá eclipsarse tras los inciertos celajes, cuyos arreboles rodean otras personalidades históricas de primer orden, quienes, más infelices, no han rayado, con todos sus méritos, donde

rayara Colón, y menos conseguido, cual éste consiguiera, un recuerdo y un reconocimiento universal. El paso por los estrechos que unen dos mares como el Atlántico y el Pacífico; la entrada en China de las Órdenes religiosas; los viajes por el África desde los tiempos del infante D. Enrique hasta los tiempos de Alburquerque; la invención del Cabo de Buena Esperanza; el desfloramiento de aguas fluviales como las formadas por los ríos Amazonas y Misisipí; la reintegración en el viejo mundo y en la vida nuestra de regiones como las Indias orientales, por tantos tiempos olvidadas, y á conjuros milagrosos como los de Gama, redivivas en la comunidad universal de los pueblos; tantos y tantos milagros hechos no han obtenido, ni en la Historia, ni en la leyenda, ni en el Teatro, ni en el poema, la fervorosa y constante admiración por todos al descubrimiento de América y á las incidencias múltiples que lo prepararon y lo produjeron en período tan excepcional y extraordinario. Yo atribuyo esta felicidad histórica de tamaño héroe al martirio, suyo, mejor dicho, á la virtud y eficacia que para inmortalizar lo deleznable y mortal guardan en sí las penas, que acaban á una con la vida de un día para granjearnos la vida eterna; pues sangre y lágrimas del martirio bautizan y aperciben para la eternidad. Aquel combate porfiadísimo del descubridor con las supersticiones antes de su invención milagrosa, y aquel otro después de su invención milagrosa, con los propios yerros y las ajenas ingratitudes, hanle ceñido una corona tal de abrojos, que cada una de sus espinas, si mientras vivía le trituraban las sienes,

después de muerto se han convertido en luminosos rayos de gloria. Bajo todos los altares debe haber siempre su respectivo sacrificio.

Los descubrimientos y los descubridores apenas ocupan en los panteones de la Historia el merecido lugar. Deslumbrados los cronistas por el espectáculo tormentoso de la guerra que mata, no han atendido al espectáculo tranquilo de la industria que vivifica. El combate precede al trabajo. Los nombres de Nino, de Sesostris, de Nabucodonosor, se oyen más en las edades que los nombres de aquellos bienhechores del género humano, por cuyos esfuerzos obtuvimos el imperio y dominación sobre la Naturaleza y la materia, tan rebeldes á nuestra voluntad y pensamiento. Imaginaos enredado el hombre primitivo, en una existencia casi vegetativa, con las raíces del mundo inferior inorgánico; sin fuego á su disposición todavía; sin medio ninguno de forjar y machacar el hierro; vestido con los filamentos de los árboles que le procuran las lianas de los bosques gigantescos; armado de un hacha conseguida con rozamientos que han dado á las piedras toscas filo; en el seno de cavernas abiertas bajo las aguas y parecidas á la gruta por los castores cavada en sus rudimentarios instintos; forzado á comer como las alimañas feroces, de la depredación feroz, á sus guerras eternas consiguiente; en una batalla sin término con los elementos airados y en una guerra sin tregua con todas las especies inferiores; imagináoslo así confundido con la naturaleza y apenas elevado un punto de las escalas animales; ayuntándose al acaso con su hembra; sin presentimiento si-

quiera de la posteridad; y decidme cuál gradería tendrá el trono de sus invenciones, cuando lo ha elevado desde semejantes miserias á eminencias; donde ha cogido en su puño el rayo tonante y prestado así á su palabra, como á su escritura, las tempestuosas alas del relámpago. La historia no ha recogido los nombres de los primeros inventores ni los actos de las primeras invenciones; y los ha recogido la poética leyenda, según hánselos dado á conocer las consejas orales, cuyo sentido, al pasar de labio en labio, se modifica y altera. El nombre de Prometeo, del Titán que roba su fuego á Júpiter, el fuego que no sabe procurarse ninguna otra especie más que la especie humana; ese mito está mezclado á la invención de la llama del hogar, ó sea, del etéreo elemento, cuya luz nos esclarece y cuyo calor nos anima. La sabida leyenda, que pasa de mitología en mitología, leyenda personificada por Ceres, cuya hija tan amada, tan bella, tan inocente, la diosa Proserpina, baja una parte del año al orco y asciende otra parte mejor al Olimpo, no enseña en el fondo sino que los hombres han inventado el trigo, sujeto á pasar de las tenebrosidades del surco bajo los hielos del invierno al brote de sus espigas en los calores de la primavera. Y el episodio bíblico de Noé, por la ciencia moderna encontrado, tal como se halla por los primeros capítulos del Génesis, en las leyendas orales de la Caldea, representa y significa la invención del vino. Así, cuantos quieran enterarse de lo que valen las grandes invenciones ó los inmortales descubridores en la tradición oral, no tienen más que dirigirse á cualquiera de los libros en que la tradición oral se

tija y se formula. Por ejemplo, la historia de los Patriarcas, desde la creación hasta el diluvio, apenas abraza una media docena de capítulos en el Génesis. Y á pesar de su brevedad narra las creaciones geológicas y las creaciones industriales. Dos genealogías, cuya raíz común está en Adán, se dividen, la una desde Caín y la otra desde Seth, bifurcándose luego en dos descendencias, ambas de inventores. La genealogía de Caín genera todos los grandes industriales hasta Tubal, en quien se inicia la edad verdadera del cobre; y la genealogía de Seth engendra los grandes agricultores hasta Noé mismo, en quien se inicia la edad verdadera del vino. De ningún modo la viña hubiese aparecido en el planeta sin que aquellos hombres tan fuertes domaran las alimañas indómitas y las uncieran el pesado yugo. Y no solamente se necesitó la sujeción de los animales al hombre, alcanzada tras tenaces resistencias; necesitóse forjar esos féreos instrumentos que hieren y abren el seno de nuestra madre la tierra, buscando en sus entrañas la vida universal. Examinad la descendencia de Caín y veréis cómo revela en sus primeros representantes todos los progresos del trabajo, á cuyo término coronará la espiga el trigo, brillará entre los pámpanos la uva, y los frutales ceñiránse con guirnalda de olorosas flores y copia de sabrosos frutos. Henoch, hijo de Caín, edifica un hogar. Jarai fija la tienda, que llevaban en los hombros las tribus errantes, y trueca muchas especies bravas en domésticas. Tubal inventa las flautas, cuyos ecos acompañan al cántico de las aves y expiden las notas melodiosas del arte

bajo los cielos y sobre las campiñas, amén de preparar, como Ceres el hierro, y preparándolo, forjar el azadón que abre los hoyos y el arado que abre los surcos. Entonces ya comienza el mundo, redimido por tales grandiosos esfuerzos del trabajo, á entrar en las armonías del cultivo agrario. Y aparece la vida. No hay que dudarle, ha dado importancia grande la humanidad al descubrimiento del vino. Tras tantos siglos, después de haberse los cultos espiritualizado en la medida que ahora los vemos, aun bajo las bóvedas de nuestras catedrales consagradas al Dios espíritu, y en torno de cuyas lámparas aletean enjambres de puros pensamientos metafísicos, el sacerdote ofrece ante los altares y sobre las aras libaciones de vino al cielo como la mejor entre todas sus ofrendas. Un dios ha tenido la clásica antigüedad para el vino; un dios llegado en peregrinación larguísima desde las Indias á Grecia, seguido por turbas ebrias, artífice de las más dulces melodías, personificación de los placeres, verdadero tipo del exceso en la vida y de la plenitud en el sér. Indudablemente no fueron arios quienes descubrieran el vino. La invención de tal vivificante licor se debe al semita. Así la poesía hebraica y sus efusiones líricas encontraron una cantera de tropsos en la vid, en el vástago de la vid ó sarmiento, en el pámpano verde por la primavera y purpúreo por la otoñada, en el peleón de las viñas, en el racimo hermoso, en la benéfica vendimia, en el oliente lagar de donde rebosa el mosto. Pues todo esto no quiere decir otra cosa, y no significa otra cosa á la verdad, sino que, así como la invención ó descubrimiento del fuego

encontró sus resonancias en las tradiciones relativas á Prometeo, la invención ó descubrimiento del vino encontró sus resonancias en las tradiciones relativas á Baco y Noé. Tal honda huella dejan en la humana memoria los inventores útiles.

Pues lo sucedido en la Mitología con el titán Prometeo y en la Biblia con el patriarca Noé, sucede á su vez en la Historia con el descubridor Colón. Su vida no se desarrolla en tiempo de leyendas y fábulas. Bien al revés nace, fluye, acaba, cuando comienza un cierto análisis crítico, á cuyos cortes mil poéticas leyendas se dividen y cercenan por completo del viejo mundo histórico. Ni la fe religiosa, tan crédula que imagina el patrimonio temporal de los Papas una graciosa donación de Constantino, pudo mantener ante la crítica de doctores criados por ella misma, ciertas piadosas creencias, las cuales, no en los cánones, pero sí en las devociones, revestían el sacratísimo carácter de celestiales dogmas. Y al par que la crítica se iniciaba, ingeríase á su vez en la Historia un factor tal como la Razón de Estado. Así mientras Maquiavelo escribe al dictado de la ciencia política, trabajaba Colón en sus empresas, mezclando cálculos matemáticos, fines útiles é intuiciones reveladoras. Poco á poco, pues, van las gentes de fantasía, corazón y sentimiento, apoderándose de la ilustre personalidad de éste, y circuyéndola con poéticos misterios, como los arreboles con que la tarde rodea en su caída el ocaso, y como los espejismos con que el aire caldeado rodea, en los días ardientes, las arenas de los inmensos desiertos. El crecimiento

de tamaña leyenda llegó á lo increíble. Cuando Colón educa su espíritu en todos los conocimientos racionales allegados hasta su edad; cuando propone á cuerpos universitarios y sabios la indispensable aceptación de sus proyectos, debidos en una parte á sus adivinaciones personales, y en otra parte á sus experiencias y á sus estudios, hijos del trabajo y del tiempo; cuando lo espera todo, en la preparación tenaz aquella, del Estado y del Gobierno, de magnates, arzobispos, frailes, reinas y reyes efectivos; cuando el saber y el cálculo entran por tanto como la intuición y el genio en sus planes, han querido muchas almas piadosas descubrir allí revelaciones como las antiguas del Eterno á sus profetas, milagros como los hechos por Moisés entre las orillas del Nilo y las orillas del Jordán, aspectos religiosos y sobrenaturales, hasta el extremo de trocar la biografía de un héroe tan histórico por lo menos como Lutero y Franklin, en capítulo piadoso de litúrgico santoral, y proponer á la Iglesia una beatificación como la que circunda hoy en los devocionarios católicos todos los nombres más ó menos gloriosos de la Cristiandad primitiva y heroica. Tan excepcional privilegio de Colón atribúyolo á que los descubrimientos y los descubridores hieren mucho la fantasía; y, sin embargo, entran menos en la Historia vulgar que los políticos y que los guerreros. ¿Cuánto más no le importa hoy al hombre conocer quién halló el molino de harina, que conocer quién ganó la batalla de Arbelas? Como la costumbre de la imitación impera casi tanto entre los hombres cual entre los monos, repetimos lo que acabamos de decir

arriba: un achaque, de antiguo contraído por los historiadores, ha compuesto la historia humana con espesa urdimbre de guerras y combates. Así, los descubrimientos han quedado en la penumbra de los crepúsculos y los relatos de ellos han adquirido un carácter intermedio entre la Historia y la fábula. Tal vez á esto, al carácter entre fabuloso y positivo que toma, por una regla general, el relato de los descubrimientos, débese la indiferencia con que los ha recibido el pueblo y la parquedad con que los ha contado la Historia. Lo cierto es que, poniendo enfrente los volúmenes consagrados á la política y la guerra, de los volúmenes consagrados al trabajo y á la industria, se queda uno pasmado y asombradísimo de la increíble desproporción. Aun la comprendo en edades que creían vil el trabajo manual y menospreciaban el tráfico, relegado á gentes de poco más ó menos, inhabilitadas de hombrearse con los hidalgos. Pero en la edad nuestra, la edad por excelencia del trabajo y de la industria, mientras los nombres de los generales por doquier corren y se divulgan, el nombre de los descubridores cae con la mayor facilidad en triste olvido ingrato. Por un Galvani, por un Franklin, por un Daguerre, por un Edison, que han difundido entre todas las clases el renombre propio y han puesto á los descubrimientos el sello de sus apellidos, ¡qué número de olvidadas ó desconocidas glorias! Cuando vamos por el ferrocarril, como en alas del viento, no tenemos un recuerdo para Wath, que aplicó el vapor al transporte; ni para los ingenieros que acabaron la primera línea de Liverpool á Manchester en 1830. Y mucho

más de lo que sucede con el vapor, sucede con el telégrafo. Se opera el milagro á vuestra vista: la palabra puesta en cualquier aparato de la Florida ó de la Patagonia, llega instantáneamente á vuestros oídos; el hecho que ha pasado dentro de la muralla china ó al borde de los ríos índicos, se os noticia tan pronto cual si hubiera pasado en vuestra vecindad ó en vuestro barrio; por unos hilillos de metal, que burlan los climas y los océanos, estáis como dioses á un mismo tiempo en todas partes, y sentís los afectos y las ideas del género humano cual si formarais con todos vuestros semejantes un solo cuerpo: sin embargo, nada sabéis del profesor de Gotinga, Liehtenberg, el primero en aplicar la electricidad á la telegrafía; ni del industrioso Wheatstone, el primero en establecer una línea en Inglaterra; ni del inmortal Morse, más conocido entre la gente del oficio, entre los telegrafistas, que los anteriores, pero desconocido en el pueblo, no obstante haber obligado la máquina eléctrica á escribir y casi hablar con sus campanillas de alarma: magos milagrosísimos y sobrenaturales, más que los buscadores de la piedra filosofal, pues han hallado riquezas no comparables al oro en los medios de centuplicar las fuerzas de nuestra especie y extender sobre la creación el imperio de nuestra inteligencia y la intensidad de nuestra vida. Las gentes de lo porvenir no habrán de ser tan ingratas. Los primeros años del siglo crecerán en la memoria universal, no por esas victorias napoleónicas, en mil poemas divinizadas, no ciertamente, por otro mejor timbre, por esa pila de Volta, donde la difusa electricidad se condensa, y que